



Antonio Soler
Yo que fui un perro



ANTONIO SOLER

Yo que fui un perro

Galaxia Gutenberg

Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los derechos de la imagen de cubierta, aunque no ha sido posible. Con todo, estaremos agradecidos de recibir información que nos permita conocer su identidad o bien el organismo que los representa.

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2023

© Antonio Soler, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrific
Depósito legal: B 41-2023
ISBN: 978-84-19738-01-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A nadie le desearía ser yo.

ROBERT WALSER

23 de enero. 1991

Empiezo hoy este diario. Quería haberlo hecho el primer día del año. Lo he ido retrasando por pereza, desidia, por todo. Estoy desesperado. No es nuevo. Estoy acostumbrado.

Me llamo Carlos Canovas Merchán. Soy estudiante de Medicina y tengo una novia llamada Yolanda. Yoli. Yuli. También la llamo Lili, Yola. A veces, Yolona. Yolona es en el acto, en momentos de ansia, cuando lo hacemos y ella desvía los ojos. Lo pone de un modo, casi vacíos, y sabe que eso me excita y me perturba. Me excita de mal modo, me excita lo bajo. Me lleva a no ser yo, a que aflore lo oscuro que tengo y que tienen todas las personas. (Lo peor es que lo haya hecho con otros, removiéndoles la bajeza, no el amor.) Entonces es cuando le digo Yolona. Ella no contesta, solo mueve la boca como si fuese a gritar o incluso a vomitar, pero no dice nada ni echa nada, solo el aliento ahogado. Mueve los ojos vacíos, y le digo otra vez, bajo, Yolona. Boquea. De gusto, o de lo que sea. Y llego. (En el acto no hay penetración, hasta ahora solo frotamiento. Eyaculación, y, por su parte, espasmos, orgasmo.)

Llego, me salgo de mí. Y vuelvo a mí. Eso que sabe todo el mundo. Y la llamo entonces Lili, Yuli, Yoli. Arrepentido. De todo. Pienso, y no quiero pensar. Me adormilo, o eso es lo que quiero. (Hay una ventana en mi cabeza, la imagino, quiero decir. Una ventana que da al campo, a un triguil. Es lo que trato de imaginar para no pensar.)

Pero pienso, aunque sea entre brumas. Pienso en mí, en cómo soy o es mi mente. Y por supuesto no quiero pensar si ella ha hecho eso, los ojos así, la boca así, con otro. Con otros. Otro que le diga Yolona. Que le diga cosas mucho peores. (Que le diga lo que en realidad significa Yolona para mí.) Y ella sin importarle lo que le hayan dicho. O incluso gustándole. Moviéndolo todo a su antojo, con sus hilos.

Solo espero que no sea así porque ~~yo soy una persona~~ ~~peor que yo soy una persona~~ (No era así como quería empezar el diario, hablando de esas cosas.)

La quiero mucho, pero siempre surgen problemas que hacen que nuestra felicidad no sea completa. Que no sea felicidad. Lo contrario a la felicidad. Caminar por un suelo siempre resbaladizo. Como en las pesadillas. Algo falla en mí. Por desconfianza. Celos. Es verdad, pero hay cosas que no debo soportar. Por dignidad. Ella también tiene responsabilidad en lo que ocurre. Sabe cómo soy y sigue actuando del mismo modo, no cambia. No sé por qué no lo hace. Como tampoco sé por qué pone esa cara en el acto, por qué respira así. Es posible que no sea algo que surge naturalmente y que lo haga para excitarme. Trastornarme. Para hacerme pensar.

Hoy mismo. Quería pedirle que deje de dormir con su hermano. Su hermano, con esos dientes, ya es mayor y no es razonable que duerman juntos. Lo he tenido en la lengua. Las palabras estaban ya en ese sitio, entre el cerebro y la boca. A punto de convertirse en sonido. Una, dos, cinco veces. Mirándola, con el aire ya en los pulmones para hablar. Pero no he dicho nada. Me ha faltado valor. Así de fácil y de triste. La cobardía es profundamente triste. La noto en el paladar, y es repugnante. Un vómito que no sale del cuerpo.

Se ha ido cabreada. Porque notaba mi malestar y no sabía el motivo. O lo sabía y no le gusta lo que pienso. Adivina cosas. Se ha ido así, mirando a las paredes, al suelo, pero no a mí. Ni un beso ni decirme nada, solo adiós.

Ahora estará acostándose al lado de su hermano. El hermano es delgado, parece anémico, y tiene los dientes salidos. Casi tan sali-

dos como hundidos los ojos. Tiene pelusa encima del labio, una sombra que se abomba cuando cierra la boca y los dientes se quedan ahí, encerrados como presos cuando cae la noche. Hay algo oculto en él, algo que pugna por salir. Trata de disimularlo, como muchos adolescentes, pero no lo consigue.

Debería dormir solo. Pero lo hace con ella.

La habitación con el papel pintado, esas ramitas tan tristes, de helecho marrón, y la luz pobre del cuarto. Oscuro como yo. El armario antiguo y la caja del Monopoly del hermano encima del armario. Yolanda se pondrá el camisón rosa, el de tirantes, ese que al agacharse se le ve todo. Puede ponérselo en el cuarto de baño. O en el mismo dormitorio, el hermano en la cama. Anda por la casa así. Lo sé. Fui la mañana de la comunión del primo. Y estaba así en el comedor, acabando de desayunar, riéndose con su madre. Con el camisón, los tirantes y todo insinuado.

Hoy se ha quedado rumiando, biliosa. Sin conseguir que le dijera lo que estaba pensando. Se habría enfadado mucho más si le hubiera confesado el motivo de mi seriedad.

Mal día. Me levanté a las 4 y me volví a acostar a las 6. Me levanté de nuevo a las 8 y cuarto porque estaba citado con Yolanda a las 8 y media. Estuvimos hablando y ella insistió en que le contara lo que me pasa. Me negué rotundamente. Debe darse cuenta por sí misma de lo que está bien y de lo que no lo está.

Me miraba y preguntaba. Yo miraba a otro lado y luego a ella, fijamente. Se enfadó, dijo algo que no entendí, y empezó a andar. Fui detrás, llamándola por lo bajo cuando apareció la chica esa, una compañera de la facultad que tiene el pelo rubio y las cejas negras, y me preguntó por algo de Anatomía (la verdad, ni sé lo que era). Eso, que me detuviese a hablar con la chica, le molestó más todavía. A veces cuando se cabrea pone una expresión como cuando está llegando en el acto, los ojos también sin mirada, y parece que dentro de ella hay otra persona. Es un gesto despótico. Alguna vez su cabreo casi me ha provocado una eyaculación.

Tuve que dejar a la chica, interrumpirla, me habrá visto extraño o trastornado (no me importa), para perseguir a Yolanda, que había disminuido el paso, queriendo que la alcanzara antes de llegar a su portal. Eso me dio confianza.

Me volvió a preguntar, y yo a callar. Rompió a llorar. Se ponía las manos en la cara y tenía la respiración entrecortada, como un animal. Me inquieté, y se lo solté. Lo del hermano. Esa vergüenza. Discutimos, ella sin razón, fingiendo estar ofendida. La discusión acabó con una huida mía.

Esperaba que apareciera en la esquina del semáforo a las 2. Al no hacerlo, pensé que lo haría a las 8 y media, como en los días

normales. Pero no. La imaginé con su cara reconcentrada, y también, y eso es lo peor, riéndose con su hermano, o con Verónica, o con cualquiera, como si todo fuese normal, como si no pasara nada y yo no importase. Me daban ganas de romper algo. Me contuve, yo prefiero no ser como ~~_____~~ ~~_____~~ anado.

A las 4 tuve prácticas de Anatomía. Después fui a la biblioteca para estudiar Histología. Tejidos. El epitelio me ha recordado unas ramas de coral flotando en la membrana basal. Las estereocilias son cactus. Si viese a Yoli al microscopio, ¿qué pensaría, cómo me sentiría? ¿Continuaría siendo ella al verla así? O solo sería un paisaje. Lo que somos todos. Desiertos, fondos submarinos, láminas, dibujos abstractos. Es lo que vería en ella. ¿La seguiría queriendo del mismo modo?

Me siento mal, no solo por lo ocurrido con Yolanda sino porque estoy resfriado. Me duele la garganta, me asfixio un poco y eso me hace ser más pesimista.

Vino a verme Verónica. No he abierto la boca. La he dejado hablar, mirándola a ella o mirando al suelo, o por encima de su cabeza. Yolanda se lo cuenta todo. Verónica dice que nos quiere a los dos y que debo transigir. Me han dado ganas de hablar entonces, pero no lo he hecho. Tragaba con dificultad y al hacerlo me parece que ella ha creído en algunos momentos que yo iba a decir algo, o que estaba emocionado. Y se quedaba así, con la boca un poco abierta, como si eso me fuese a ayudar a hablar. Tiene los dientes pequeños. Los labios demasiado gruesos para mi gusto. Se ha ido más triste que cuando vino. Es su problema. Yo no la había llamado.

Espero que la situación se arregle pronto, cuanto antes mejor. Quiero mucho a Yoli, pero tengo que defender mis ideas aunque según ella estén equivocadas porque si no, ¿qué clase de hombre sería?

Hoy el día ha sido peor que ayer. No he visto en las 24 horas a mi Bicho. No sé nada de ella. Veo agujeros. Agujeros que no tienen fondo. Como si el mundo entero estuviese comido por termitas. Yo incluido. Realmente pienso que es así. Solo que preferimos no enterarnos.

Trato de esconderme, me refugio en los estudios. También le hablo más de lo habitual a Emilita, mi alumna, que no entiende nada. Ni las matemáticas ni mucho menos a mí. Le explico las lecciones con detalle, sin que me importe pasarme de tiempo (hasta siento salir de su casa y volver a quedarme solo). A mi madre no le digo nada. Me mira. Me mira sin decirme nada, pero preguntándome con los ojos. La conozco. Y me siento mal. Estoy molesto con ella, con mi madre, porque Yoli me dijo que lo que necesito es una mujer como mi madre.

Siempre buscando los resquicios por donde meter las uñas. El ácido. El nido de las termitas, y ella la reina.

No tengo ganas de nada. Mi vida pasa sin los alicientes y alegrías que observo entre mis compañeros. Eso produce distancia. La apatía con la que lo veo todo. En un rato de asueto, para evitar la angustia, he leído un trozo del libro que me recomendó Miguel. Lo abro por una página al tuntún y leo que «este entusiasmo absurdo lo mantuvo en secreto; no quiso comunicárselo a sus amigos». Me han dado ganas de tirar el libro contra la pared. Tener entusiasmo, y tener amigos.

No sé si a estas alturas puedo considerar a Miguel mi amigo. Si él no lo es no tengo ninguno. El Lolo es un tarado. Dice barba-

ridades, y no sé si en el fondo las dice de verdad. Y Benito, Benito sí, Benito es el mejor de nosotros. Pero no acabará bien, se droga y se esconde dentro de sí mismo. Distinto a mí. Yo busco, él parece que quiere borrarse del mundo. Miguel puede que sea mi amigo pero me irrita demasiado, con su suficiencia, sus libros, y con las chicas, procurando tenerlas a su alrededor. Tonteando y haciendo como que no tontea. ¿Por qué habrá elegido ese libro cuando le pedí que me recomendara uno? ¿Porque trata de un estudiante de Medicina o porque al protagonista se le murió la madre y cree que eso tiene algo que ver conmigo porque mi padre murió hace cuatro años? (Cinco ya, pues fue el 31 de enero.) ¿Qué piensa de mí Miguel, él y los otros dos? ██████████

██████████ De todas formas los veo poco. Me aburren. Están al otro lado de un cristal, y a veces ni siquiera se oye lo que dicen. Mejor.

El Lolo me recuerda a una avispa. Me ha venido ahora la imagen a la cabeza. Con el pico duro y los ojos ocelados con esas gafas de sol que se ha comprado, grandes, negras, y que no se quita hasta que se hace muy de noche. Hoy con el jersey amarillo limón y la camisa verde. Hace gestos exagerados, para hacerse notar. La mayor parte del tiempo es un imbécil.

Apenas me concentro en mis estudios. Me cuesta. Porque me falta entusiasmo, eso de lo que habla Pío Baroja en el libro. Aunque sea un entusiasmo absurdo como ahí se dice. Además, ¿a quién puedo ofrecerle el fruto de mi esfuerzo? Anoche me reí desmedidamente con una película cómica de la tele. Pero esa risa loca no era más que una forma de olvidar mi preocupación y mi pena. No sé si en verdad eso es risa. Mi madre entró dos veces a mirarme. Se alegraría de verme así, o se preocuparía más. No es algo que en estos momentos me importe. Me reí más fuerte. Me habría gustado que las paredes de la habitación se agrietasen y que de las grietas hubieran salido millones de moscas. Al hermano de Miguel lo persiguieron cientos de moscas un día, y poco después tuvo el accidente. Dicen que los enjambres de moscas anuncian desgracias. Que salgan de las paredes, que se vayan.

Quiero mucho a Yolanda. Me gustaría que se tatuara una mariposa, pequeña, casi de tamaño real, donde solo yo pudiera verla. Soplar y que abra las alas, que vuele, tan silenciosa. Insecto benéfico. La quiero mucho y sufro cuando no estoy con ella. Pido a Dios o al Universo que me ayuden. Que nos ayuden para que sepamos elegir el camino adecuado. El que merecemos. No soy como creen que soy.

Sueño con bosques.

Peor. Una ruleta con todos los números negros. Hoy para completar mis penas me han robado la Vespa. El desgraciado del Lolo puede decir que era «una chatarra caminante que solo caminaba cuando le salía de los huevos». Le tenía aprecio, mucho más que a algunas personas. Es la verdad. Y me era útil.

Cuando vi que la moto no estaba y comprendí que me la habían robado intenté no darle mucha importancia. Pensando que podría aparecer y también pensando en las veces que me ha dejado tirado y que ya estaba demasiado vieja. Pero cuando oí decir esas cosas al Lolo algo se me agrió dentro y unido a lo que ya iba arrastrando estos días me sacó de quicio. No soy yo quien tendría que ~~_____~~ ~~_____~~ madre y a él.

Mejor dejar eso.

Hoy tampoco he visto a mi Bicho. No sé cuánto podré aguantar sin ella. Es casi un dolor físico, en el diafragma. Una sierra que trabaja despacio y quiero que corra, que corten lo que tengan que cortar de una vez y no sentir esta opresión.

Los últimos días solo la he visto a lo lejos, detrás de las cortinas de su casa, husmeando. Yo también miro desde mi ventana, por las rendijas de la persiana. Pero solo veo su sombra. No sale a la terraza. Su hermano sí.

No sé si vivir tan cerca hace que todo sea peor. En los días tranquilos es magnífico tenerla ahí enfrente. Cada uno en su terraza, mandándonos mensajes. Haciéndonos gestos con las manos. Mi madre diciéndome que estoy embobado. Un día se abrió la blusa. No me gustó. Podría haberla visto alguien desde otra terraza, des-

de una ventana, aunque ella dijo que no había nadie en mi edificio, que por eso lo había hecho. Se excusó sin que yo le hubiese dicho que me había desagradado. Porque sabía que era una ordinaria o porque me leyó en los ojos lo que estaba pensando. En su fuero interno le parecería bien y su excusa fue falsa. Es lo que no me gusta en ella. Lo que hay que adivinar. En realidad es como si siempre estuviera detrás de una cortina. Su cara una máscara que oculta su cara.

Ahora, en días así, sería mejor que viviésemos lejos. Veo cómo se acerca a las cortinas y mira hacia aquí. El corazón se me para, dejo de respirar, siento alegría, y cuando se aparta y ya no veo su sombra se derrumba el edificio. Se derrama sobre mí ese líquido sucio. Tengo la tentación de asomarme y gritarle, aunque no pueda oír lo que digo y solo vea que grito. Me contengo. Siento mucha pena.

Por la tarde he estado en la terraza, empezaba a llover. No me importó porque estaba refugiado en la parte cubierta. En la butaca, viendo las gotas resbalar por las hojas de las aspidistras. Las gotas se deslizaban por el verde, como lombrices transparentes. Transmitiendo un mensaje, esos signos. Y yo sentía que era una de esas gotas resbalando por la hoja y cayendo al vacío, los seis pisos abajo, o peor, a la tierra de la maceta o al suelo de la terraza. La tierra negra tragándose las o formando en las baldosas el dibujo de unos lagos en miniatura.

El cielo oscuro, casi marrón. La luz se encendió en su casa, las cortinas se iluminaron y parecían ellas mismas una bombilla, una lámpara pálida en medio de la tarde. Pero no había ninguna silueta detrás de la tela inflamada. El cine mudo. Avanzan lentamente los días de febrero.

No haberla visto hoy significa que no la veré el fin de semana. Si esto se dilata cabe la posibilidad de que ya nunca volvamos. La distancia se abre de un modo descontrolado. Los días se separan como dicen que una vez se separaron los continentes, y cada uno va en una dirección distinta, alejándose, con el agua en medio. Todo por el maldito orgullo, de su parte y de la mía, aunque ella

una y otra vez niegue que es orgullosa. Increíble. Dice que no es orgullosa porque no grita, porque lo dice todo por lo bajo. Suavemente. Como en el acto, que nunca alza la voz y lo dice todo susurrando, así, como si se lo dijera a otra persona, a alguien que está dentro de ella. O a alguien que conoce, que conoció. Y me mira como si no me viese. Así consigue volverme loco, de alegría y de deseo y de tristeza, todo junto. Como cuando uno está en el borde de un precipicio (la peña del verano pasado, el aire alrededor, el mar y las rocas allí abajo) y siente la atracción y el miedo. Perder la voluntad, la razón, y lanzarse al vacío. Me mira y dice mi nombre y siento que yo soy más yo que nunca. Pero ahora no quiero pensar en eso porque el dolor es demasiado agudo y siento un miedo muy profundo, como si fuese a entrar en otra dimensión.

¿Cuándo voy a tener felicidad? ¿Cuándo voy a tener paz?

Esta tarde he ido a la biblioteca y he estado charlando con una chica de tercero. Tenía en los párpados una rayita de maquillaje, como a mí me gusta. Mañana es el examen. No sé cómo lo voy a hacer. Yolanda también tiene responsabilidad en eso.